

#### 4. HAY QUE AVANZAR CON LA MAREA (febrero de 1944 a marzo de 1945)

##### Primeros pasos de Farrell (26 – 28 de febrero de 1944)

El coronel Gregorio Tauber (uno de los “oficiales unidos” que llevaron, en octubre de 1941, el planteo a Castillo que mantuvo la neutralidad) fue Secretario General de la Presidencia en sustitución del coronel Cortese, que la desempeñaba con Ramírez, después de la renuncia de González. Era de los fundadores del GOU y se lo consideraba ligado a Perón. Relaciones exteriores quedó interinamente a cargo de Perlinger y Velasco fue confirmado como jefe de la policía federal. Sueyro renunció al ministerio de marina (se dijo que Farrell insistió en que se quedase) y un grupo de capitanes de marina propuso al contralmirante Alberto Tesaire, a quien se le atribuía una posición liberal.

El ministerio de guerra, vacante por el ascenso de Farrell a la presidencia, dio lugar a un problema. La mayoría de los jefes que tomaron parte en la deposición de Ramírez hubiesen preferido al general Sanguinetti (10 se pronunciaron por él y 7 por Perón). En parte porque la antigüedad de Perón en el grado de coronel (2 años y dos meses) no era suficiente y en parte porque no se jugó con firmeza contra González y Gilbert. Finalmente se llegó a una transacción: El 28 Farrell nombró a Perón ministro *interino* (también Farrell era presidente *interino*)

“En febrero de 1944 – explica Potash – la posición del coronel Perón de ningún modo era segura. Más aun, aunque el derrocamiento de Ramírez eliminaba del poder a una facción, también iniciaba un nuevo capítulo en la lucha interna (...). El principal antagonista de Perón en esta coyuntura era el general Perlinger (...).

Aunque no había participado en la revolución de junio, el general Perlinger estaba conquistando ahora el apoyo de los antiguos dirigentes del GOU – por ejemplo los coroneles Julio Lagos y Arturo Saavedra, el teniente coronel Severo Eizaguirre y el mayor León Bengoa – que se sentían desilusionados ante las actitudes de Perón.

Es indudable que su equivoco papel en la crisis provocada por la ruptura de relaciones con Alemania desencadenó la reacción de esos hombres; pero parece probable que otros dos aspectos los hayan impulsado básicamente: el resentimiento originado en el hecho de que se los había utilizado, en oposición al propósito explícito del GOU, para realizar las ambiciones políticas de Perón y la inquietud suscitada por sus medias en el capo obrero”<sup>148</sup>

Perón llevó como jefe de la Secretaría del ministerio (equivalente a subsecretario) a Franklin Lucero, en esos momentos agregado militar en Chile. Había participado en octubre de 1941 en el planteo de los tenientes coroneles a Castillo, pero no pertenecía al GOU por su ausencia en el extranjero. Al ofrecerle el cargo – recuerda Lucero – Perón fue bien explícito:

“Nuestra Patria necesita cambios radicales que no es posible introducirlos de golpe dados los enormes intereses creados en todos los círculos del país, en especial en los políticos y los militares dominados, como usted sabe, por una poderosa minoría oligárquico-liberal-mercantilista. Si pretendemos modificar bruscamente el actual estado de cosas, no debemos dudar que esa minoría nos tragará de golpe. Lo mismo que los grupos militares, como los de Campo de Mayo o los que pertenecieron al GOU. En consecuencia iremos cambiando la fisonomía política, económica y social del país mediante la aplicación de nuevos procedimientos y métodos que, progresivamente, rompan las viejas y burocráticas organizaciones. Crearemos una nueva doctrina que nos asegure una patria libre, justa y soberana, y que fortalezca poderosamente el alma nacional. En esta acción estoy empeñado, y necesito que usted desde el puesto de Jefe de la Secretaría me reemplace en mis funciones lo más que usted pueda, a fin de dedicar yo mi tiempo a estas fundamentales reformas”<sup>149</sup>.

##### El “el paso en falso” de Ducó (29 de febrero)

El hecho de que se dejará a Ramírez la normalidad del título de presidente, hizo que valiéndose de él se intentase el restablecimiento del orden constitucional. A Cordell Hull no se le ocultaba que había sido “derrocado” (veremos que basándose en esto, giraría la política norteamericana más allá diez meses) por oficiales *pro nazis* a fin de que “no llevase más allá la consecuencia de la ruptura”. Es decir: no habría armas para la Argentina, hasta que la Argentina no entrase en la guerra. Los militares “profesionalistas”, que eran la mayoría de los generales y algunos fundadores del GOU (como el teniente coronel Tomás Ducó comandante del estratégico 3 de infantería), consideraban que la grave situación producida por la falta de armamentos y la condición que ponían los Estados Unidos para entregarlos, debían resolverse por un gobierno constitucional ahorrándole al ejército la responsabilidad de aceptar imposición extranjera. Era el momento para que los militares dejaran el gobierno. El ministro Perlinger debería abandonar la reorganización del país a la que estaba entregado, y Perón despreocuparse de las condiciones de la vida obrera, para ocupar ambos en los cuarteles, con los armamentos que vendrían, el lugar correspondiente a militares.

La tarde del 29 de febrero un grupo de generales- Potash estima en veintiuno- cambiaron ideas para “obtener la restitución inmediata del ejército al cumplimiento de su misión específica y a sus carriles disciplinarios y jerárquicos, incluso al alejamiento

<sup>148</sup> Potash, ob, cit. p. 342.

<sup>149</sup> Franklin Lucero, El precio de la lealtad (ed. Propulsión, Bs. As 1959) pp. 22/23.

paulatino de los cargos ajenos a las tareas profesionales de los jefes y oficiales que los desempeñan”, como lo dirían dentro de poco en un memorial presentado a Farrell<sup>150</sup>.

Era una reunión preliminar, y exclusiva de generales Tomás Ducó comandante del estratégico 3 de infantería con cuartel en Pichincha y Garay creyó que resolverían un levantamiento del ejército, sacó su regimiento a la calle formándolo en apresto de combate, para plegarse a ellos. Eran la 22.45 de ese día. El jefe de policía, Velazco, preparó la defensa del Departamento, y por orden del ministerio de guerra controló con patrullas policiales en las calles inmediatas, lo que haría el regimiento. Este se encontraba reducido a la mitad de los efectivos, porque la otra mitad se ejercitaba en Santa Catalina, estación experimental del ministerio de agricultura.

Ducó no atacó al Departamento de Policía. Las patrullas policiales informaron que se dirigía hacia el Riachuelo a “marcha forzada”. Lo traspuso, y comenzó una tarea de requisar colectivos, camiones y toda clase de vehículos, para transportar la tropa con mayor celeridad. La otra mitad estaba en Santa Catalina, se puso en marcha hacia Lomas de Zamora. A las 4.15 se produce allí la unión de ambos.

Ducó ocupa los edificios estratégicos: Municipalidad, Colegio de la Inmaculada Concepción, iglesia parroquial, casa Jappas, diario *La Unión*, estación del ferrocarril (sin interrumpir el tráfico). Emplaza ametralladoras. Con los vehículos requisados cierra con barricadas un radio de doce manzanas. La población despierta alarmada.

¿Qué es eso?...Nada....Un mal entendido. A las 8 llega en automóvil el coronel Fortunato Giovannoni. Habla con Ducó. Este le entrega su sable y vuelve con Giovannoni a la Capital. La tropa recibe orden de regresar.

Las reuniones de generales (a quienes, según Potash, se agregaron almirantes y políticos radicales y socialistas) continuaron. El radical Ernesto Sanmartino informó a Potash que Ramírez lo alentó a preparar un movimiento cívico militar.<sup>151</sup>

### Ramírez renuncia (9 de marzo)

Hull informado por la embajada, sabía a que atenerse sobre la “delegación” de Ramírez. El 4 de marzo el Secretario auxiliar Srettinius (que había reemplazado a Sumner Welles) informaba a la prensa: “El 26 de enero la Argentina rompe con el Eje, y promete ir más allá en la cooperación para la defensa del continente. Repentinamente el 25 de febrero Ramírez abandonó la dirección del Estado. Este gobierno tiene razones para creer que grupos que no simpatizan con la declarada política de cooperar en la defensa del hemisferio tomaron parte activa en este cambio de la situación”<sup>152</sup> en consecuencia ordenaba a Armour que “se abstuviera de relaciones en el nuevo régimen”. El Canciller británico, Eden, a solicitud de Estados Unidos, manifestó al día siguiente-5- que “en vista de la oscuridad que rodeaba a la delegación del poder por Ramírez, el embajador inglés había sido instruido en el sentido de limitar sus relaciones con el nuevo gobierno a cuestiones de mero trámite”<sup>153</sup>. En cambio, en un gesto de independencia, los gobiernos de Chile, Paraguay –desde luego- Bolivia, mantuvieron relaciones con Farrell.

Ramírez –posiblemente por sugestión ajena- daría posiblemente el golpe al nuevo gobierno que producirá su aislamiento internacional.

Por compañerismo de armas (no debe suponerse que por falta de coraje) habría aceptado la “delegación” que le trajo Farrell, que reemplazaría su renuncia entregada el día anterior a las 11 de la noche. Pero trece días de reflexión lo arrepintieron del gesto o quiso disipar las dudas de Stettinius y Eden. Contó casi toda la verdad de lo ocurrido (omitió su primera renuncia) en un documento remitido a Farrell (y por las dudas, mano copias a la Suprema Corte) que distribuyó ampliamente copias particularmente que, por supuesto, tuvo en su poder la embajada de Estados Unidos:

“Excmo. señor vicepresidente de la Nación, en ejercicio del Poder Ejecutivo, general de brigada D. Edelmiro J. Farrell.

<sup>150</sup> Potash, ob. cit., p. 348.

<sup>151</sup> Sammartino habría visitado a Ramírez el 4 de marzo y éste “específicamente lo alentó para que continuase preparando el movimiento”. Como Ramírez renunciaría el 9 de marzo, Sammartino “pasó revista a sus propios esfuerzos en una carta abierta del 14 de marzo de 1944, en el cual denunciaba en términos acres la cobardía política del general Ramírez”, Potash, p. 340 y nota 93.

<sup>152</sup> Conil Paz y Ferrari, política exterior...p. 142 y Güemes p. 100.

<sup>153</sup> *Ibidem*.

En repetidas oportunidades, ya sea en forma pública o privada, manifesté que tan prono como yo adivinara que había dejado de merecer la confianza de las fuerzas armadas que me llevaron a ocupar la primera magistratura del país, declinaría inmediatamente tan elevado cargo devolviéndolo a quienes, sin saberlo yo anhelado ni pedido, me la habían otorgado en momentos difíciles para Patria considerándome, tal vez, el exponente de los ideales que animaron a la gloriosa revolución del 4 de junio de 1943. Y agregaba que, en el caso, yo me presentaría ante mi pueblo y ante mis camaradas a rendir cuentas de mis errores.<sup>154</sup>

Poco tiempo ha bastado para que esta especie de vaticinio se cumpliera.

En efecto por algo que la historia dirá algún día, la opinión de la oficialidad de las guarniciones de la Capital Federal, Liniers, El Palomar Base Aérea y Colegio Militar, Campo de Mayo y La Plata, expresada personalmente por intermedio de los jefes de dichas guarniciones en la noche del 24 al 25 de febrero (*sic*) después de una numerosa reunión de oficiales que había tenido lugar en el ministerio de guerra, se tornó desfavorable para mí, pidiéndome aquellos jefes que delegara el mando en el Excmo. señor vicepresidente y ministro de guerra, general Farrell.

¿Qué había ocurrido? La opinión de la oficialidad de las mencionadas guarniciones, que habían sido engañadas una vez más con motivo de la ruptura de relaciones con Alemania y Japón en el sentido de que los motivos del gobierno hizo públicos para ello (espionaje alemán y japonés) no eran exactos, y sí lo era, en cambio, el temor a la presión de supuestas medidas por parte del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, fue sacudida violentamente como una reacción ante una supuesta claudicación de la dignidad nacional. Esa misma opinión fue, poco tiempo después nuevamente engañado por el rumor de que yo tenía prontos (y según algunos ya firmados) tres decretos que saldrían en breve plazo; eran ellos:

- 1º Decretado la ley marcial.
- 2º Declarando la guerra a Alemania y Japón.
- 3º Declarando la movilización general.

Inútiles fueron los esfuerzos para convencer a la oficialidad de la falsedad de tamaños infundios. Ni mis propias palabras expresadas delante del cuerpo de jefes y oficiales en dos magnas reuniones que tuvieron lugar en el Comando de la 1ª División del Ejército y otra en Campo de Mayo, fueron suficientes para convencerlos de tal error.

La suerte estaba echada; pudo más la intriga que la razón.

Hoy sólo me resta declarar solemnemente ante el pueblo de mi patria y poniendo a Dios de testigo, que juro por mi honor de soldado que todo lo que se ha dicho relativo a la existencia de los tres decretos a que hemos hecho referencia, es absolutamente falso y tendencioso.

Por los motivos que dejo expuestos, que hacen incompatibles con mi dignidad y honor la permanencia en el alto cargo que desempeño, presento ante quienes presté juramento, el pueblo y las fuerzas armadas, mi renuncia de Presidente de la Nación Argentina.

(Fdo) Pedro Pablo Ramírez, general de división, 9 de marzo de 1942”

### **Manifiesto de los generales (22 de marzo)**

Conocida la renuncia de Ramírez el gobierno dio la noticia, pero no comunicó el texto. Los generales que se reunieron el 29 de febrero, resolvieron plantearle ese mismo día, 9, sus inquietudes al ministro de guerra. La situación se presentaba angustiosa porque la actitud de Ramírez significaría para la Argentina el completo asilamiento de acuerdo a la doctrina Guani. No ya limitarse a relaciones “de mero trámite” como habían hecho Armour y Kelly. Pero debió decirles que preparasen un memorial y lo llevaran firmado a Farrell. Porque así lo hicieron el 22.

Pedían en el memorial la celebración inmediata de elecciones, restauración de garantías constitucionales, que el ejército volviera a los cuarteles, alejándose “de los cargos ajenos a las tareas profesionales los oficiales que las desempeñan”. No hacía consideraciones sobre política internacional: eso se dejaría al gobierno constitucional.

Potash da el nombre de los tres firmantes: Manuel Calderón, Adolfo Espíndola, Juan Tonazzi, Manuel Savio, Ángel María Zuloaga, Víctor Majó, Elbio Anaya, Horacio García Tuñón, Julio A. Sarmiento, Jorge Manni, Pablo Dávila, Baldomero de la Biedma, Arturo Rawson, Santos Rossi, Eduardo López y Ricardo Miró, todos generales de brigada. No se pidió la firma –sabe Potash- a los generales von Beckey y Reynolds; el general Crespo, que apoyaba el manifiesto, no firmó por estar sometido a investigación por el caso Ducó. Se negaron a firmar los generales Juan Bassi y Estanislao López<sup>155</sup>.

### **Aislamiento de la Argentina**

El fuerte nacionalismo de la mayoría de los argentinos (considérense o no “nacionalista”) estaba fuera de la compresivo de Hull y sus asesores. Ya no podían esgrimir la posibilidad de una invasión nazi (el 6 de junio los aliados desembarcaban en Normandina), pero el despecho de que los argentinos hubieran

<sup>154</sup>

<sup>155</sup> Informe de la embajada norteamericana (Potash, p. 548)

impedido la unidad del hemisferio cuando pudo hacerse, movía el perdurable rencor del Secretario de estado. A su entender los que America no estuvieran con los Estados Unidos, eran enemigos del hemisferio.

“Argentina fue por mucho tiempo la espina de los 3 o 4 miembros del Departamento de Estado que establecían su política hemisférica totalmente distanciado de Hull – dice Sumner Welles en sus notas de prensa recopiladas con el título Where are we heading. Los gobiernos constitucionales de Justo, de Castillo y hasta de Ortiz, se opusieron con frecuencia en cuestiones políticas a las delegaciones de los Estados Unidos. Eso produjo agravios, susceptibles y aun un resentimiento personal en las influencias rectoras del Departamento. El sentimiento de hostilidad hacia la Argentina fue notorio y cada vez más visible”<sup>156</sup>.

Ya en la etapa final de la guerra la participación bélica de los países latinoamericanos nada significaba ni para los aliados ni para el Eje.

Pero Cordell Hull se empeñó en que lo hicieran. Tal vez para sellar la comunidad americana con un pacto de sangre. Le fue sumamente fácil con Brasil, que se armó por cuenta de Washington como si fuera a conquistar el mundo entero; con dificultades en otras partes. Pero les costaba decidir a los argentinos y supuso “una colaboración siniestra con alemanes y japoneses” (la frase es de Conil Paz Ferrari). Que el 80% de la suma destinada a America Latina por la ley de Prestamos y Arriendos fuera de Brasil, podía presumirse que era para poner a la desobediente Argentina a merced de su vecino más poderoso. Además, se estrangulaba a los argentinos por un aislamiento diplomático y comercial, ya que sus militares habían expulsado al presidente ante la posibilidad de que éste colaboraba en la guerra.

El mismo día que Ramírez “delegó” el mando en Farrell, Hull había pedido a Churchill que no lo reconociese. Era un paso duro para Gran Bretaña, acostumbrada a orientar en la política internacional argentina y que vivía del comercio con la Argentina. Pero en el 1944 el imperio, apenas si sobrevivía en el nombre y en la voluntad de mantenerse: Churchill escribió ese 27 al incomprensivo Eden: “Cuando un reflexiona sobre los formidables problemas que tenemos: dificultades con los estados Unidos, petróleo, los dólares que les adeudamos, barcos, la política respecto a Francia, Italia, España, los Balcanes, etc., pienso que deberíamos demostrarles que somos amigos y ayudarlos en la esfera de los países americanos”<sup>157</sup>.

Kelly se limitó, como dije, a atender los asuntos de mero trámite.

Pero Estados Unidos sin consideraciones a que había sido por Inglaterra que la Argentina rompió relaciones con el Eje (o tal vez despechados por eso) – y sobre todo porque le interesaba el “pacto de sangre” – quería algo más cuando trascendió la renuncia forzosa. Churchill se disculpó con Roosevelt porque el Reino Unido dependía del mercado argentino pues importaba el 40% de su cuota de carne “y no podía correr el riesgo de perder esa fuente de aprovisionamiento”<sup>158</sup>. Pero Hull era obstinado en su rencor a la Argentina: exigió a los ingleses en la conferencia de Quebec (agosto de 1944) que no hicieran con los argentinos convenio a largo plazo de provisión de carne, por “las despreciables ventajas económicas de negociar con un gobierno fascista”<sup>159</sup>.

A los ingleses les convenía comprar toda la carne exportable argentina en contratos de larga duración; así colocaría ventajosamente los saldos en Francia, Holanda o Bélgica que acababan de ser liberadas y necesitaban carne. Y tenían oro.

Pero los norteamericanos sólo les permitieron comprar la carne argentina en reducidas cuotas. Inútilmente arguyeron los ingleses que si la Argentina no les vendía la totalidad de su carne, Bélgica, Holanda y Francia, le comprarían directamente y en consecuencia se beneficiaría Argentina porque subiría el precio del producto.

Churchill interesó personalmente a Roosevelt y con gran esfuerzo consiguió que éste permitiera contratos de duración mensual, pero renovables.

### **El discurso sobre “Defensa Nacional” de perón (10 de junio)**

El 10 de junio (4 días después del desembarco en Normandina) perón inaugura la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata. Dijo, entre otras cosas, que para los argentinos “no existía diferencia entre una victoria de los aliados o una victoria del Eje (...) que en uno y otro caso la Argentina sólo podía alcanzar sus legítimas aspiraciones nacionales por medio de una diplomacia vigorosa, respaldada por el poder militar y por un gobierno que ejerciera dominio sobre todas y cada una de las fases de la vida nacional”

<sup>156</sup> Citado por Conil Paz y Ferrari..., p. 141.

<sup>157</sup> Se deduce de la carta de Churchill a Eden del 27 de febrero transcrita más abajo.

<sup>158</sup> Cit. por Conil Paz y Ferrari, p. 148.

<sup>159</sup> *Ibidem*.

Estas palabras fueron para la Secretaría de Estado la “prueba de la tendencia totalitaria de la Argentina”<sup>160</sup>. Se ordenó el inmediato retiro de Armour (convirtiendo el “no reconocimiento” en una ruptura) y se pidió a los demás aliados que procedieran igualmente, incluso Inglaterra. Pero los ingleses tenían demasiados capitales invertidos en la Argentina para plegarse sin protestas. Eden que había gestionado inútilmente ante Hull al abandono “de una victoria diplomática” que a anda práctico conducía, protestó enérgicamente. Pero Churchill – que mejor que su Canciller se daba cuenta de la posición subalterna que la guerra había dejado al Reino Unido – debió ceder ante la intervención personal del presidente Roosevelt. Y David Kelly debió irse tras las huellas de Armour.

Hace notar Potash que las acciones de la empresa industriales en el mercado de valores de Buenos Aires subieron a consecuencia en el mercado de valores de Bs. As. Subieron a consecuencia del discurso de Perón. Sus palabras fueron favorablemente recibidas, aun por la prensa aliadófila: La Prensa las comentó favorablemente en 4 editoriales (11, 12, 17 y 19 de junio). Expresó la esperanza de que la conferencia del ministro de guerra “objetiva, convincente, práctica y desprovista de elementos declamatorios”<sup>161</sup>.

### “No reconocimiento de la Argentina” (fines de julio)

Las repúblicas latinoamericanas se encontraban obligadas a obedecer a Hull. Paraguay, Bolivia y Chile que se habían adelantado a reconocer a Farrell, tuvieron problemas. Paraguay se ofreció a medias “en el diferendo argentino – norteamericano”, para recibir el 5 de julio la elocuente respuesta de que “la deserción de la causa aliada por parte del gobierno argentino no constituía una disputa bilateral entre Washington y Bs. As., sino que representaba una ruptura entre Argentina y toda la comunidad americana”<sup>162</sup>.

A fines de julio la Secretaría de Estado en una declaración titulada “No reconocimiento de la Argentina”, la borró política, y económicamente de America. El “continente” eran ellos; y solamente quienes ellos aceptarían. Al conocerse en Bs. As. El 26 de julio, se ordenó el retiro del embajador escobar que aun permanecía en Washington. La ruptura del relaciones era por lo tanto de ambos lados (como lo exigía el honro nacional). “de ahora en adelante – resume Whitaker – los dos países echarían mano a todas las manifestaciones posibles de mala voluntad, excepto la declaración de guerra”<sup>163</sup>. Los de “ambos” corre por cuenta de esta autor (a no ser que se refiera a los insolentes artículos contra Roosevelt y Hull del *Pampero* reapareció con el nombre El Federal), pues la Argentina no podía congelar depósitos estadounidenses en sus bancos, pues no los había; ni prohibir que sus buques tocaran los puertos norteamericanos porque hace rato no llegaban allí. Pero en Washington se prohibido a los buques norteamericanos arribar a puertos argentinos, se bloqueó el comercio y los depósitos argentinos en los bancos norteamericanos fueron congelados.

El bloqueo, industrialmente, benefició a la Argentina. Acrecentó su producción fabril y no disminuyo la pecuaria. Aunque las compras inglesas debían hacerse en contratos mensuales, estos se renovaban a precios cada vez más convenientes. “La estupidez de la política adoptada – dice Welles – reside en el hecho de que la coerción económica de los EEUU no podrá debilitar jamás la economía argentina”<sup>164</sup>.

### Misión del coronel Peluffo (5 a 12 de marzo)

<sup>160</sup> “Por haber sido pronunciado (el discurso) después de la invasión de Normandía y por provenir del nombre de mayor poder en la Argentina – entienden Conil paz y Ferrari – el discurso desafiante de Perón significó un verdadero reto para Washington” (p. 143). Que en la mentalidad predominante en la Secretaría de Estado se tomase como “un verdadero reto” proclamar la neutralidad de la Argentina, es comprensible. Pero considerarlo “desafiante” me parece un poco fuera de lugar, aun considerando la posición excesivamente pronorteamericana, a mi juicio, de estos jóvenes autores del mismo juicio es pasible su conjetura de que “detrás de todo esto (los esfuerzos argentinos para desarrollar el comercio con Hispano América) subyacía la creación de un programa que combatiera la influencia norteamericana en Sudamérica. Esa constante de la política exterior argentina que es el antianiquismo, se presentaba ahora bajo una novedad y agresiva versión” (pp. 134/35). Conjetura aceptable en Hull o Welles, pero que extraña en profesores argentinos.

<sup>161</sup> Potash, 353 y notas 31, 32, 33, 34 y 35. “El diario La Prensa, convencido partidario del constitucionalismo en el orden interno y de la causa aliada en el plano internacional no halló nada que criticar”, dice Potash.

<sup>162</sup> En realidad habían querido hacerlo de todo el mundo democrático; pero Gran Bretaña se limitó a “cumplir” con su poderoso aliado y benefactor, interrumpiendo momentáneamente la relación diplomática y tolerando alguna intervención perjudicial en los contratos de compra de carne.

*The Manchester Guardian* del 30 – IX – 944 protesta porque los EEUU “han prohibido a sus barcos que hagan escala en los puertos argentinos y no hay duda de que querrían que nosotros hiciéramos lo mismo. El tipo argentino de fascismo nos gusta tan poco como al señor Cordell Hull, pero, por otra parte preferimos la carne vacuna argentina a la carne de cerdo norteamericana. Cuando nuestra situación alimentaria sea tan generosa como lo es la de los norteamericanos, podremos pensar en los lujos de un bloque, que podría no castigar a la gente que uno quiere” (H. F. Peterson, Los Argentinos y los Estados Unidos, traducción Eudeba, Bs. As. 1970) p. 499.

<sup>163</sup>

<sup>164</sup> Conil Paz y Ferrari...p. 150.

El “paso en falso” de Ducó estaba indudablemente vinculado con la reunión de generales habida ese mismo día (y un sumario mostró sus conexiones). Pero no predominó en la mayoría el propósito de una acción inmediata y el teniente coronel quedó parado en las Lomas de Zamora.

No obstante la posibilidad de un movimiento militar para cumplir los propósitos que abiertamente abrigaban la mayoría de los generales, quedó pendiente.

A eso se debería la misión que el ministerio de guerra encomendó al coronel Orlando Peluffo el 4 de marzo, a cumplirse con rapidez en todas las guarniciones del país: enterar a los jefes y oficiales subalternos de la índole de la “delegación” de Ramírez (no se había producido aun la “renuncia”) y comprometerlos a sostener a Farrell, aunque disimulado como vicepresidente en ejercicio, como jefe único de la Revolución y por lo tanto del gobierno.

Peluffo partió en avión a la madrugada siguiente con el compromiso a firmar:

2. Juro:

1. Servir incondicionalmente a la unión y solidaridad de las fuerzas armadas de la Nación. 2. Reprimir enérgicamente toda forma de disensión y conspiración que intente provocarse entre las tropas de mi mando. 3. Ceder mi puesto sin resistencia cuando así lo estimen mis superiores naturales, o cuando a mi juicio, haya perdido prestigio ante mis subalternos.

A fin de disipar toda clase de dudas convengo y acepto:

1. Que el señor general de división don Pedro p. Ramírez ha dejado definitivamente de ser jefe de la Revolución y, en consecuencia, Presidente de la Nación. 2. Que en su reemplazo corresponde ese alto cargo al señor general de brigada don Emilio J. Farrell. 3. Que por tales motivos y a partir de este momento cumpliré las órdenes de su ministerio interino de guerra, señor don Juan D. Perón.

Si alguna vez faltase a este compromiso de honor, que Dios, la Patria y mis camaradas me lo demanden”.

Veintiún años más tarde Peluffo, que las circunstancias llevaron a enemistarse con Perón, diría en *Primera Plana* que la “suscripción de este documento no implicaba un juramento de fidelidad a Perón”<sup>165</sup>.

Es cierto, pero establecía el acatamiento de los 3.300 jefes y oficiales subalternos (quedaban excluidos los coroneles y generales), directamente al presidente de la República y a su ministro de guerra.

Peluffo recorrió en avión, entre el 5 y 12 de marzo, todas las guarniciones del país y obtuvo pleno resultado. Cuando los generales entregaron el 22 su memorial a Farrell (que al hacer pública la renuncia de Ramírez, había jurado la presidencia efectiva), éste y su ministro de guerra sabían el valor efectivo que podían darle.

## Perlinger y Perón

El ministro del interior y el de guerra no marcharon en armonía. Se ha atribuido a la ambición de Perón, que chocaba con el prestigio del titular del interior.

No es lícito colocar en el platillo de la simbólica balanza la ambición de un político como prueba de cargo. Todo político es ambicioso. Si es un gran político, o simplemente se considera tal, tendrá que ser una gran ambicioso.

También debe comprenderse que el motor que mueve la ambición política no sólo es la voluntad de un hombre. Un político representa un grupo, pequeño o grande, que se siente interpretado por él. No es una voluntad, son muchas voluntades, a veces muchísimas.

Se les ha atribuido, con más fundamento, un distinto enfoque del nacionalismo. Se ha visto en Perlinger el líder de un nacionalismo ortodoxo enfrentado con la heterodoxia complaciente del ministro de guerra. Ni Perlinger, aconsejado por jóvenes liberales *renovadores* podía ser el adalid de un nacionalismo ortodoxo, ni a Perón puede considerarse “un nacionalista moderado” como lo creyeron el 1944, por un momento, los diplomáticos norteamericanos que sucedieron a Hull (expertos en comer el rábano por las hojas) hasta encontrarse al año siguiente que era el *ultra nazi* – en el concepto norteamericano – por esencia<sup>166</sup>.

La discrepancia entre Perlinger y Perón era real, pero tenía más que ver con el *militarismo* (considerado como dice el Diccionario de la Academia el “predominio de los militares en un gobierno”), que con el *nacionalismo* (“doctrina que exalta la personalidad nacional”). Perlinger y quienes acompañaban, militares y civiles, creían que el régimen militar debería mantenerse para educar a los argentinos en

<sup>165</sup> *Primera Plana*, 15 agosto/966.

<sup>166</sup> Stettinius, Nelson Rockefeller y Spruille Braden.

principios éticos y religiosos que los mejoraran; y para ello era indispensable una permanecía indefinida, o por lo menos larga, del dominio militar. Perón en cambio, tomaba a los argentinos como eran, con sus modalidades propias, ataduras telúricas, principios cristianos, pero quería levantar su nivel material y moral.

¿Podía considerarse a Perón como nacionalista?...Si juzgamos por sus hechos y palabras, indudablemente lo era; si tenemos en cuenta la posición ideológica que tenían los políticos radicales, conservadores, socialistas, o antiguos comunistas y anarquistas (fuera de los *forjistas*), que de ahora en adelante buscará para rodearse, podría haber la duda. Pero aceptemos que ninguno de ellos tuvo la menor influencia en Perón, y obraron como meros instrumentos, o si se prefiere como conversos. En cuanto a algunos “actos” que producirá de ahora en adelante con evidente repercusión exterior, no olvidemos la tremenda borrasca que agitaba ese mundo de fin de guerra, y que el piloto de una nave que debe sortear una tormenta tiene necesariamente que andar, a las bordeadas. Lo que no significa abandonar la ruta, sino navegar como el tiempo lo permite. En aprovechar el viento, aunque sea contrario, está precisamente el arte de gobernar (“gobernar” etimológicamente significa manejar el *gubernalle*, el timón): “avanzar con la marea”, decía Perón. No importa el rumbo, sino el destino final. “Circunstancias, conjeturas y conjeturas” hacen la política decía Catalina la Grande<sup>167</sup>.

Su actuación en la Secretaría de Trabajo y sus contactos (posteriores a mayo) con políticos radicales, no impedía a Perón ocuparse del ministerio de guerra con su laboriosidad característica. Dio un nuevo Reglamento Orgánico que reemplazaría al vetusto de 1915; dotó a la Fuerza Aérea de un Reglamento apropiado a sus modalidades; en enero de 1945 la organizó como “Secretaría de Aeronáutica” con el brigadier mayor Bartolomé de la Colina a su cargo; el 4 de junio festejó el aniversario de la revolución con una muestra de sus realizaciones materiales, donde presentó el primer tanque pesado y el primer avión de guerra construido en Argentina, tal vez como desafío a la negativa de Estados Unidos de proveer los abastecimientos militares. Y el 10 de junio (con el éxito en lo interno que vimos, y las acusaciones que motivó en el extranjero) inauguraba en la Universidad de La Plata la cátedra de Defensa Nacional.

La mayor parte de los nacionalistas, civiles y militares, se fue con Perlinger. El general daba mejor imagen de un jefe nacionalista (pese a su subsecretario) por su rotunda oposición a la ruptura de relaciones, restricciones a la prensa, disolución de los partidos políticos, establecimientos de la enseñanza religiosa y rechazó a los políticos. En cambio la asiduidad de Perón con los obreros, y después de mayo sus contactos con los radicales, molestaban a la ortodoxia nacionalista.

Bonifacio del Carril, subsecretario de Perlinger y jefe del grupo oligárquico *Renovación*, vio más claro que los nacionalistas el momento político. En sus memorias posteriores, donde relata su actuación en la Revolución Libertadora, cuenta cómo en 1944 a pedido del teniente coronel Lagos “el general Perlinger me ofreció la subsecretaría del interior (.....) Y lo apoyé en su acción disidente del coronel Perón”<sup>168</sup>. A pesar de que Perón, bondadosamente, le aconsejó que no aceptara “pues el acto subsiguiente de su política habrá de eliminar al general Perlinger del ministerio, decidí, no obstante aceptar”, pues de dio cuenta que el populismo de Perón lo llevaría a una dictadura que repugnaba a sus principios liberales. “Yo no tenía duda de que Perón iba a ser un dictador”, dice. “Fuimos nosotros la última valla que se opuso verdaderamente a su ascensión al poder, pues su transitoria caída en 1945, lamentablemente desaprovechada, fue una consecuencia de una querrela interna entre militares (.....) Pero no tuvo el alcance que el movimiento cívico paralelo de la calle hubo de atribuirle”.

## Perón y los radicales

El 2 de mayo el gabinete quedó integrado. Alberto Baldrich, nacionalista partidario de Perón, fue designado en instrucción pública; Orlando Peluffo (ascendido a general en abril) ocupó relaciones exteriores y Perón es confirmado como titular del ministerio de guerra.

Si Perón había abrigado la idea de crear un partido propio con la base de su política obrerista, es evidente que en mayo de 1944 la había abandonado. Aquello sería para largo, y las cosas no estaban para “sentarse en las bayonetas”. La política – se lo oí decir- debe hacerse con la realidad y la realidad efectiva, hoy por hoy, son los radicales y los conservadores. *Fagocitemos* a los que están más próximos a nosotros”<sup>169</sup>.

<sup>167</sup> Alain Decaux, *Catherine l' imperatrice rouge* (Historia N° 345, Paris, agosto 1975, p. 30).

<sup>168</sup> B. del Carril, *Crónica interna de la Revolución Libertadora* (Bs. As., 1956) cit. por E. Díaz Araujo, *La conspiración...*, pp. 277 y sgtes.

<sup>169</sup> Mantuve esta conversación en una entrevista que tuvimos con Perón los nacionalistas de Santa Fe, que debió ser a fines de abril o principios de mayo.

Era entonces interventor de Santa Fe el coronel Arturo Saavedra, que nos favorecía decididamente, pero había corrido en los medios radicales que pronto sería reemplazado por un hombre de esa tendencia. No fue exactamente así. Se nombró, después de la renuncia de Perlinger y su reemplazo interino por el almirante Tessaire, a un ferroviario de posición ideológica liberal, que llevó a un radical, Leandro Meiners, al ministerio de gobierno.

Yo no compartí el criterio de Perón y así se lo dije: a mi juicio *radicales* y *conservadores* era en 1944 designaciones sin vigencia efectiva; no podía asegurarle que el país se dividía en nacionalistas y antinacionalistas, ni tampoco si los primeros eran una fuerza efectiva. Pero lo seguro era que se dividía en gubernistas y antigubernistas. Los hechos me darían la razón.

“El partido radical, ésta es la gran fuerza que perdura, y que es poderosa- dijo en esos días en una reunión militar en Campo de Mayo (y la embajada norteamericana lo sabría de inmediato)-. Pero su dirección es antiguada, y se percibe un movimiento para expulsar a los generales (risas). Anticipamos una revolución como la nuestra, que permitirá el acceso a hombres jóvenes a la dirección. Se trata de una fuerza utilizable, si podemos encausarla de modo que coopere con nuestra obra. Estamos ocupándonos de ellos y tenemos confianza en el éxito”<sup>170</sup>.

Se valió de los forjistas para acercarse al radicalismo intransigente. Jauretche lanzó una consigna “radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo” que era, en suma, la idea de Perón. El acercamiento a los radicales había empezado en tiempos de Ramírez al llevarse al gobernador de Córdoba, Santiago del Castillo, a la presidencia de la Coordinación de Transportes. Pero después quedó detenido. Corrió ahora el rumor de que a Amadeo Sabattini, jefe del radicalismo intransigente le ofrecido el ministerio del interior en reemplazo de Perlinger; pero la oferta, si la hubo, no consiguió materializarse. Sabattini era amigo personal de Avalos y del mayor Quaranta, entonces administrador de los Ferrocarriles del Estado. Perón se entrevistó con el político cordobés “a mediados de 1944” en el despacho de Quaranta.

Hay relatos divergentes sobre la entrevista. Perón y Sabattini hablaron a solas, y apenas un cuarto de hora. No se sabe con certeza lo que trataron. Quaranta sintió oírle a Sabattini al retirarse “Yo no soy contubernista”. Según Jorge Farías Gómez (que oyó una versión transmitida por Frondizi) Perón ofreció al radicalismo todos los puestos electivos en las próximas elecciones, con la condición de reservar la presidencia para un militar, lo que no fue aceptado por el jefe de la intransigencia.

En 1969 Perón relató a Félix Luna su entrevista con Sabattini: “No me pude entender con él: era totalmente impermeable. Era un hombre frío que no tenía posibilidad de entrar en una cosa como la nuestra.....El estaba en los viejos cánones (...)

*Luna:* ¿Usted ofreció a Sabattini todas las candidaturas reservándose la candidatura presidencial?

*Perón:* No de ninguna manera. “No tratamos de eso”<sup>171</sup>.

Desde noviembre de 1943, Sabattini había explayado su pensamiento sobre la Revolución y el radicalismo en carta a un correligionario:

“.....Que ésta sea una dictadura militar fascista regentada por los jesuitas eso no lo duda nadie, ni lo he dudado desde la primera hora. Pero no debemos olvidarlo!” Que la neutralidad es tesis radical y la he sostenido siempre celosamente desde la época de Yrigoyen. 2º Que jamás hemos admitido contubernios con nadie y menos con comunistas y conservadores (.....) Creo que debe hacerse sin premuras: no estar con tirios ni troyanos (.....) reorganizar el partido (.....) aducir sin pedir permiso a nadie (.....), estos militares necesitan de la UCR por ser la única salvación del país. Saber esperar, y esperar siempre”<sup>172</sup>.

El general Tanco oyó exclamar a Perón después de su única entrevista con el líder cordobés: ¡Este Sabattini no entiende nada! Su cerebro cabe en una caja de fósforos....”<sup>173</sup>.

A su vez Mercante realizaba, por orden de Perón, acercamientos con otros dirigentes radicales “tarea- que califica de muy delicada porque la gente de la Casa de Gobierno (el ministro del interior) no entendía o no quería entender nuestra tarea”.

“.....A mediados de 1944 yo había concurrido, por indicación de Perón a algunas reuniones con dirigentes radicales: J. Isaac Cocke, Alberto H. Realies, Armando Antille, Obdulio Siri y otros. De esas reuniones no pude sacar nada en limpio: cada uno hablaba una hora retrayendo su relato a 1980...y en suma no se concretaba nada en materia de colaboración con el gobierno. Tuve entonces una conversación con los camaradas del GOU sin que Perón lo supiera y convinimos en hacer un planteo concreto a esos dirigentes: se les ofrecería todo, menos la Presidencia que sería para Perón. No recuerdo con exactitud cómo fue el trámite de la respuesta, pero me consta que fue negativa”<sup>174</sup>.

El error de Perón, que cometen los militares que pretenden captar a un gran partido popular, era ganarlo por el lado de los dirigentes. No hay “dirigentes” en un partido popular: hay un Caudillo y una masa, sin intermediarios. Si el Caudillo ha muerto, el problema está en integrarse a la masa y atinar a conducirla. Algo de esto estaba haciendo en la Secretaría de Trabajo. Pero al coronel le faltaba experiencia política para darse cuenta de que su obra social era también, y por sobre todo, obra política.

“El 31 de abril (*sic*) de 1944 Perón me hizo llamar a su casa a la calle Arenales-dice Jauretche-. Hablamos del problema de la intervención a Buenos Aires (...). Yo había insistido muchas veces que la clave del problema político era Buenos Aires. Que era necesario nombrar a un militar que pudiera brindar una gran reparación histórica al radicalismo bonaerense- se entiende: al radicalismo intransigente; no al de Boatti que andaba en otra cosa- gobernado con ellos y resistiendo la previsible presión de los orejudos (conservadores) (...) Pero ocurría que Perón no tenía suficiente como designar un interventor que le respondiera.

<sup>170</sup> F. Luna, *El 45* (ed. Alvarez, Bs. As. 1969) p. 149 sgtes.

<sup>171</sup>

<sup>172</sup> F. Luna *El 45* p. 45.

<sup>173</sup> *Ibídem* p. 159.

<sup>174</sup> Transcrita por Luna, 159.

Perlanger le vetaba sus candidatos (...) Aunque muchos lo hayan creído así, lo cierto es que Perón nunca tuvo el gobierno en sus manos (...) Tenía parte del poder, pero no todo el poder y debía luchar continuamente para que el proceso político y gubernativo no se le escapara de las manos. El general Perlanger, por ejemplo, lo enfrentaba a cada momento”<sup>175</sup>.

### Elección de vicepresidente (julio)

Potash y la generalidad de quienes escribieron sobre estos hechos (con mala voluntad hacia Perón, por regla) entienden que el coronel “precipitó una crisis con el general Perlanger cuando propuso que se llenase la vacante de vicepresidente”. A Perón, embarcado en una campaña para llamar a elecciones y esperanzado – él o sus amigos – en ser candidato a la presidencia, no le interesaba el cargo puramente honorífico de vicepresidente de *facto*. En junio del 43 se le había dado a Sabá Sueyro para que la marina estuviese representada en la fórmula; en octubre la ocupó Farrell como advertencia a Ramírez de que la espada de Damocles pendían sobre su cabeza. Perón no tenía ningún propósito de reemplazar a Farrell en un gobierno de *facto*.

No puede decirse lo mismo de Perlanger – o sus partidarios – opuestos a una salida electoral y partidarios de la permanencia militar. Estaba resentido con Farrell que prefirió a Perón ministerio de guerra y apoyaba decididamente al movedizo coronel. Güemes (antiperonista decidido) dice que Perón “un día se entera que anda un grupo de oficiales proponiendo que ese cargo puramente honorífico de vicepresidente de *facto*. En junio del 43 se le había dado a Sabá Sueyro para que la marina estuviese representada en la fórmula; en octubre la ocupó Farrell como advertencia a Ramírez de que una espada de Damocles pendía sobre su cabeza. Perón no tenía ningún propósito de reemplazar a Farrell en un gobierno de *facto*.

No puede decirse lo mismo de Perlanger – o sus partidarios – opuestos a una salida electoral y partidarios de la permanencia militar. Estaban resentidos con Farrell que prefirió a Perón en el ministerio de guerra y apoyaba decididamente al movedizo coronel. Güemes (antiperonista decidido) dice que Perón “un día se entera que anda un grupo de oficiales proponiendo que ese cargo (la vicepresidencia) fuera cubierto y que no estaba a su nombre como candidato. Eso era un indicio grave (...) Es de suponer que (a Perón) no lo inquietaba el hecho de que la vicepresidencia estuviera vacante. Ya podía seguir así hasta el día en que el hombre que lo acompañara en la fórmula plebiscitada pudiera ocuparla”. Pero que un grupo de oficiales “pretendiera llenarla (y no con su nombre), era un indicio grave”<sup>176</sup>.

Perón y su equipo tomaron las medidas para que Perlanger no llegase a la vicepresidencia. Se movieron con diligencia para que los militares consultados votasen al coronel. La reunión – dice Güemes – fue una de las más numerosas que se conocen. Se hizo en el ministerio de guerra, presumiblemente el 5 de julio. A Perlanger le faltaron 6 votos para sobrepasar a Perón<sup>177</sup>.

La justa no resolvía el cargo de vicepresidente, sino la política a seguir por la Revolución. Debió mediar un compromiso de honor entre Perlanger y Perón de retirarse quien fuera derrotado, procedimiento habitual entre militares que dirimen un problema político (lo veremos, posteriormente, en los enfrentamientos Giovannoni – Perón y Avalos – Perón); Güemes, por lo contrario, dice que Perón exigió la renuncia de Perlanger, (versión que acepta Potash). El hecho cierto es que Perlanger se fue después de la derrota y con él sus colaboradores (2 militares: el teniente coronel Julio Lagos y el mayor Miguel Iñíguez, volvieron a plegarse a Perón). El ministerio del interior quedó interinamente a cargo del ministro de marina, Alberto Tessaire, de filiación radical.

El 7 Perón fue designado vicepresidente de la República, por decreto firmado por Farrell<sup>178</sup>.

### Peluffo pide la convocatoria de la Unión Panamericana (27 de octubre)

En realidad la Argentina había cumplido los compromisos de Río de Janeiro: roto relaciones con el Eje, expulsado a los espías alemanes y japoneses y como garantía supletoria eliminaba a los nacionalistas que ocupaban cargos públicos.

<sup>175</sup> Güemes, Así se gestó..., 112.

<sup>176</sup> *Ibidem*; Díaz Araujo, p. 277 y sgtes; Potash habla “de un margen notablemente reducido” p. 354.

<sup>177</sup> En 1945, siendo Perón candidato a la presidencia constitucional, una Junta de *abogados democráticos* impugnó con el título “Una candidatura imposible”, que el vicepresidente de facto optara a la presidencia constitucional. El “Centro Universitario argentino, entidad peronista por mi intermedio, contestó que la constitución sólo contempla las autoridades constitucionales y Urquiza y Mitre estaban inconstitucionalmente en ejercicio del poder ejecutivo (por delegación de las provincias) cuando fueron elegidos presidentes constitucionales en 1854 y 1862)

<sup>178</sup> Conil paz..., 152

No conformaron a Hull que insistía en que la Argentina “era el cuartel general fascista” del Cono Sur (las expresiones *antinorteamericano* y *fascista* eran sinónimas en el Secretario de Estado). El Banco de Crédito Industrial, creado en abril de 1944 y la Secretaria de Industria y Comercio, organizada a poco tiempo con sus ambiciosos planes de desarrollo (debidos a la falta de importación fabril) no tenían a juicio de la prensa norteamericana, más objeto que inundar de manufacturas fascistas los mercados de Hispanoamérica abiertos, o la incipiente industria brasileña, creada por la norteamericana con ley de préstamos y arriendos.

El 27 de octubre, Peluffo después de consultar con otros cancilleres de América Latina y en uso de un derecho acordado por la Convención de Lima de 1938, se dirigió a los países que formaban la Unión Panamericana pidiendo una “reunión de cancilleres” para explicar la conducta argentina y la injusta de las sanciones de la que se la hacía objeto... “La oportuna propuesta argentina fue recibida con consternación en el departamento de estado” dice Welles. El bloque hemisférico pegado por Hull con el cemento del peligro nazi y los préstamos y arriendos, parecía resquebrarse y algunas cancillerías hispanoamericanas se preguntaban si valía la pena seguir adelante con el conflicto norteamericano – argentino. El pedido de Peluffo fue rechazado agresivamente por Hull, porque “temía que la Argentina y quizá los pocos países satélites de la Argentina (¿Bolivia) introdujeran todo tipo de discusiones y que la reunión fuera utilizada como un medio de reconocimiento diplomático”. Sin embargo su secretario Stettinius dijo a la prensa que EEUU no podía oponerse a una reunión de cancilleres. Aunque 2 días después debió rectificarse, anunciando que sería exclusivamente una asamblea de naciones americanas aliadas “y el problema argentino no sería tratado”.

México tomó entonces la iniciativa. Invitó a Chapultepec a una conferencia para tratar la repercusión del fin de la guerra en el hemisferio.

Por supuesto la Argentina no sería invitada.

Peluffo, molesto por el agravante rechazo de Hull a su propuesta, proyectó un agresivo retiro argentino de la Unión Panamericana. Farrell, por consejo de Perón, decidió atenuarle los términos: la Argentina no concurriría a ninguna reunión de la Unión Panamericana mientras no se la desgravara previamente. Peluffo no estuvo conforme y renunció altivamente (9 de enero de 1945)

Dos hechos, ajenos a la voluntad argentina, decidieron en febrero de 1945 el momentáneo cambio de rumbo de la política norteamericana contra la Argentina, e incidieron en que ésta “se pusiera en condiciones” de integrar las proyectadas Naciones Unidas (reservadas solamente para los vencedores de la guerra): la grave enfermedad de Hull que lo obliga el 30 de noviembre a dejar la Secretaría de Estado (donde lo reemplazaría Edward R. Stalin) en Yalta, en enero y febrero de 1945, donde se resolvió que países formarían la nueva Sociedad de Naciones.

### La conferencia de Yalta (23 de noviembre de 1945)

A fines de 1944, Cordell Hull había echado las bases en Dumbarton Oaks (distrito de Columbia, EE.UU. con los representantes de las naciones aliadas, de la formación de una sociedad de naciones vencedoras. Se resolvió que el tema – y otros debido a la etapa final de la guerra- fueran discutidos por los “tres grandes” en enero de 1945 en *Yalta*, ciudad de la Crimea soviética.

A fines de enero los tres jefes de Estado se encuentran en Yalta. Cordell Hull no ha podido acompañar a Roosevelt debido a su enfermedad, y el nuevo Secretario Stettinius y el futuro Secretario James F. Byrnes, asesoran al presidente norteamericano.

La situación de los países americanos que habían roto relaciones con el Eje, pero no declararon la guerra, es analizada en la sección del 7 de febrero, Stalin, que ha exigido en Dumbarton Oaks que las dieciséis repúblicas federadas de la Unión Soviética estén representadas en las futuras Naciones Unidas, a mejor título que las repúblicas latinoamericanas bajo control estadounidense que ni siquiera habían declarado la guerra, exige una explicación a Roosevelt, que éste le da. Había sido un error de Sumner Welles que no se exigió en Río de Janeiro la declaración de guerra y solamente una ruptura de relaciones. Pero estas repúblicas no podían perjudicarse por haber seguido las instrucciones que, erróneamente, les dio Welles, ya que cooperaron con Estados Unidos proveyéndole de materias primas para confeccionar municiones. Las consideraba, por lo tanto, “naciones asociadas”, y pedía se las tratase como beligerantes.

Stalin pregunta por el caso de la Argentina, que rompió relaciones con el Eje pero no declaró la guerra. Pero la Argentina no es “nación asociada” para Roosevelt. Stalin hace notar la contradicción. Exige las repúblicas americanas que no declararon la guerra al Eje, lo hagan cuanto antes, si pretenden encontrarse representadas en las Naciones Unidas. Roosevelt le pide que Stalin mismo señale el plazo, y el mariscal soviético fija como fecha límite el 1° de marzo<sup>179</sup>.

<sup>179</sup> Ver en apéndice la transcripción del acta de Yalta.

El plazo se amplía el 1º de mayo, al sólo efecto de que la reunión de naciones americanas en Chapultepec, fuese de países que hubieran declarado la guerra al Eje.

En Yalta, Stalin renunció a su proyecto que las 16 repúblicas federadas de la Unión Soviética estuviesen representadas en las Naciones Unidas, limitando la representación soviética a Rusia, Ucrania y Bielorusia. Más adelante, en la conferencia de Postdam de julio, obtuvo que se diesen representación al gobierno comunista de Lublin, Polonia. Y finalmente conseguiría que se reconociesen los nuevos gobiernos comunistas de los Balcanes.

### Una misión norteamericana en Buenos Aires (Febrero de 1945)

En forma secreta arribó en febrero una misión norteamericana. Hull ya no estaba en el Departamento de Estado; Summer Welles dice que esta misión (previa a la conferencia que se había de abrir en Chapultepec, el 21 de febrero, a la que Argentina no había sido invitada) tenía por objeto convenir la readmisión de la Argentina a la comunidad americana y el levantamiento de las sanciones.

Como las conversaciones fueron secretas, no se conocen las posturas de una y otra parte. Welles en *¿Where are we headin?* Dice que el equipo norteamericano habló con el coronel Perón, el doctor Juan Cooke y otros líderes del gobierno argentino. Potash dice que “no le ha sido posible confirmar la versión de Welles (...) y debe contemplarse la posibilidad de que no se hayan desarrollado de acuerdo a la descripción que él ofrece. Las referencias de Welles al doctor Juan Cooke (...) suscitan ciertas dudas pues Cooke no ocupó la cartera de relaciones hasta entrado el mes de agosto. Otro interrogante es la posibilidad de que a principios de 1945 perón hubiese recibido ciertas seguridades de Gran Bretaña en el sentido de que este país podría proveer equipos. Mientras no sea posible examinar las fuentes británicas, muchos aspectos de la búsqueda de armas por la Argentina permanecerán oscuros”<sup>180</sup>. (Tal vez Cooke no intervino como ministro, sino como asesor. En todo caso la cuestión carece de importancia). Potash entiende que “el ejército argentino (...) sólo le quedaba una solución, por desagradable que fuera para algunos de sus miembros: llegar a un acuerdo con los Estados Unidos”.

Según Welles la comisión norteamericana convino que si la Argentina aceptaba suscribir la que se resolviera en Chapultepec, Estados Unidos abandonaría su actitud de coerción. La entrega de material militar la dispondría otra misión (que vendría con la jefatura del general Warner). “Cuando se sugirió que la dictadura militar entregase el gobierno a la Suprema Corte de Justicia hasta que se efectuaran las elecciones nacionales – dice Welles- la solución no los convenció (a los argentinos) y el coronel Perón, con firmeza, rehusó contraer ninguna obligación sobre cuestiones que, sostuvo, eran puramente internas”<sup>181</sup>. La Argentina necesitaba armas con urgencia. Por lo demás, ya no había tiempo de que llevara sus tropas a Alemania junto a las de Estados Unidos y cumplir el “pacto de sangre”, porque la guerra estaba por terminarse de un día para el otro. La declaración de guerra, que perseguían los norteamericanos, sería exclusivamente una satisfacción de amor propio para ellos.

Del 22 de enero al 8 de marzo se reúne en el palacio de Chapultepec, de México, la “conferencia internacional sobre problemas de paz y guerra de las naciones americanas que se encuentran en guerra con el Eje”. Resolvió que “si la Argentina declaraba la guerra al Eje y se comprometía a imponer restricciones severas contra las empresas y ciudadanos del Eje, todas las repúblicas americanas reanudarían oficialmente sus vínculos con ella”. Aun más “utilizarían su influencia para que la Argentina estuviese representada en las Naciones Unidas”.

El 4 de abril el ministro argentino en México firmaba el Acta Final de Chapultepec. El 9 los EEUU, Gran Bretaña y las demás repúblicas americanas restablecían relaciones con el gobierno de Bs. As.<sup>182</sup>

### Declaración de guerra al Eje (27 de marzo de 1945)

Sea por lo convenido con la misión norteamericana en febrero, o para no parecer ni remotamente totalitarios en el festín de los vencedores, el gobierno restableció la autonomía universitaria, dio libertad a los partidos políticos devolviéndoles sus propiedades y papeles secuestrados el 31 de diciembre de 1943, restableció en sus cátedras y cargos a los intelectuales exonerados el 15 de octubre de 1943 por haber perdido “democracia efectiva y solidaria americana”. Había que hacer buena letra para que se cumpliera lo prometido en Chapultepec.

Etchverry Boneo renunció al ministro de instrucción pública acompañado de su subsecretario el militante nacionalista Ignacio Anzoátegui; con Peluffo se habían ido Mario Amadeo, Máximo Etchecopar y el

<sup>180</sup> Potash p. 363 y nota 34.

<sup>181</sup> La versión de Welles en *Conil paz...*, pp. 153/54.

<sup>182</sup> “Sin que se produjera el menor cambio en el gobierno que Roosevelt y Hull habían conservado durante tantos meses, la Argentina se unía otra vez a las naciones americanas y contaba con el apoyo de éstas para ingresar en las Naciones Unidas (Peterson, ob. cit. p. 505).

mayor José Embrioni; David Uriburo renunció a la intervención en Corrientes. No era tiempo para nacionalistas (calificados de *nazis* en la prensa norteamericana).

No obstante las calles eran ganadas por los jóvenes nacionalistas con el grito “¡Criollos si, yanquis y rusos no! Jaureche publicó un agresivo periódico *La Víspera*, con el epígrafe: “General Farrell ¡Queremos morir aquí!

El 27 de marzo el gobierno declara la guerra a Alemania y Japón y el 4 de abril adhiere las declaraciones de Chapultepec y se compromete a adoptar las medidas necesarias contra las empresas y ciudadanos del Eje.

¿Por qué cedió la Argentina en algo tan impopular como la declaración de la guerra?...Dice Potash que serias desavenencias en los centros militares y la verdad es que nadie – fuera aliadófilo o germanófilo – se sintió orgulloso de una medida tomada sin causa aparente contra un gobierno agonizante. Lo paradójal – hace notar Díaz Araujo – es que la Argentina capitulaba a pesar de la opinión interna favorable (comunista afuera) a la defensa de su soberanía; Edmund O. Smith reconoce que “la política de Hull fortaleció de hecho la gobierno nacional en lugar de caberlo tambalear”<sup>183</sup>. Si al recibirse la noticia de la recuperación de Paris en 1944 hubo algún entusiasmo aliadófilo, la declaración de guerra a Alemania cayó en el mayor silencio que, ni siquiera, se atrevieron a romper los comunistas.

La declaración de guerra era una necesidad dada la mentalidad de los yanquis. No haber estado con ellos (aunque sea los 4 días que faltaban para que cayera Berlín) era alejarse del mundo de postguerra.

Quizá, y Perón lo alguna vez, afrontar el tribunal de Nüremberg.

Significaba, por otra parte tener armas, porque su carencia ante el acopio que había hecho Brasil, era una preocupación constante. ¿Quién sabia con certeza que problemas traería la postguerra?<sup>36bis</sup>

Luis Alberto de Herrera había dicho a los 7 senadores uruguayos que se opusieron en 1944 a la declaración de guerra de su país: “Sobre nuestros oscuros nombres estoy seguro que no descenderá la gloria. Pero nos quedará el honor de haber sido los únicos representantes del pueblo en los parlamentos de América que no cometimos la indignidad de declarar la guerra a un vencido”<sup>184</sup>.

“¡Que lindo es ser opositor y no tener que tragarse sapos!” Lo felicitaría Perón, según recordaba Herrera<sup>185</sup>.

EL BIBLIOTE.COM

---

<sup>183</sup> Cit. por Díaz Araujo, p. 288.

<sup>36bis</sup> Ver apéndice documental.

<sup>184</sup> En declaraciones a un diario uruguayo (indudablemente *El Debate* del partido nacional) había dicho perón que declarar la guerra a Alemania en momentos en que la derrota del Reich era cuestión de semanas, no produciría sino desprestigio: “Ningún argentino aprobaría esa medida (...) pero nuestro país no es un punto suspendido en el espacio como nuestros nacionalistas dan la impresión de creer, sino parte integral de este mundo (...) Debemos avanzar con la marea si no queremos naufragar”.

<sup>185</sup> E. V. Haedo, *Herrera, caudillo oriental* (ed. Arca. Montevideo 1969) p. 274.